
Los niños republicanos en la Guerra de España

di

Eduardo Pons Prades

Introduzione

Eduardo Pons Padres nació en Barcelona en 1920, en una familia obrera de tradición libertaria, luchó con los republicanos durante la guerra civil y tras la derrota de la República tuvo que exiliarse en Francia, donde participó en la resistencia contra la ocupación nazi. Posteriormente participó en la organización de la resistencia española. A lo largo de su vida se ha dedicado a la historia oral, recogiendo los testimonios y recuerdos de los republicanos y republicanas que lucharon contra el fascismo. Se trata de testimonios directos porque quién se «confiesa» sabe bien que quién le está escuchando es «uno de los suyos», una persona que como ellos vivió sobre su piel la guerra y la represión.

En su libro *Los niños republicanos en la Guerra de España*, Eduardo Pons recoge la experiencia de los niños y niñas del 36 que vivieron una infancia marcada por la guerra. Eduardo Pons Prades nos ha enviado algunos de esas historias, a continuación presentamos una breve selección de las mismas: la historia de Pascual López Dorado, que con trece años se fue a buscar a su padre encerrado en un campo de concentración, se quedó a su lado y al final consiguió salvarle la vida; y las historias de Carlos Giménez, Adolfo Usero y Francisca Aguirre¹. Estas tres están relacionadas con una experiencia concreta: el ingreso de niños y niñas en los «hogares» de Auxilio Social. Colegios gestionados la mayor parte de las veces por monjas o curas a donde iban a parar los «hijos de los rojos», los descendientes de republicanos que habían muerto durante la guerra civil o que estaban encarcelados.

La vida de los niños en estos «hogares» estaba marcada por el aislamiento, el hambre, la frialdad con la que eran tratados y las humillaciones cotidianas, pero en sus relatos aún hay espacio para el compañerismo y para el recuerdo del afecto que en pasado habían recibido y que ahora les era negado.

Estos testimonios convierten en «tangible» esa otra forma de exilio que los estudiosos han llamado «el exilio interior». Los niños que ingresan en las instituciones de Auxilio Social no atraviesan ninguna frontera geográfica, pero se quedan en un país que no les quiere y que se lo recuerda constantemente. Los que

¹ Eduardo Pons Prades, *Los niños republicanos en la guerra de España*, Editorial Oberon, Madrid 2004, pp. 254, 259, 261, 137. Se trata de una reedición del libro *La guerra de los niños republicanos*, Compañía literaria, Madrid, 1997.

entran en los «hogares» fríos, gélidos, de Auxilio Social son los hijos de los vencidos y su experiencia demuestra una vez más que en la España de la posguerra no había «clemencia» para los perdedores. Estos relatos nos recuerdan que cada acto de violencia, aparentemente sistemático, «violaba» un mundo afectivo concreto.

Para comprender en su globalidad la realidad de estos niños habría que recorrer, como hace Eduardo Pons Prades en su libro, muchas otras historias que tienen como protagonistas la infancia en la España de la guerra y la posguerra: las represalias contra los familiares ejecutadas con alevosía delante de los más pequeños, los bombardeos que destruyen el pasado y obligan a ponerse en marcha hacia un futuro incierto, las violaciones a niños y niñas por parte de las tropas moras del batallón franquista, la resistencia, el hambre...

Silvia Romero

Las aguas del puerto teñidas de rojo

Testimonio de Pascual López Dorado

«Cuando terminó la guerra yo tenía trece años. Mi padre fue uno de los Fuxidos –que se echaron al monte o se escondieron en los maizales- del verano de 1936. Quedamos solos seis hermanos con mi madre y mi abuela», me contó Pascual López Dorado.

De mi padre, no volvimos a saber de él hasta la primavera del 1939, cuando regresó al pueblo, a Sobrado de los Monjes, un vecino de los que había hecho la guerra con Franco. Nos dijo que mi padre estaba encerrado en un campo de concentración, cerca de Oviedo.

Mi madre me preparó enseguida un hatillo, con algo de ropa y un poco de chacina para mi padre. Y pan y queso para mí. Tardé dos semanas en llegar, a pie, claro. Y luego otra semana para encontrarlo, porque había varios campos. Bueno, lo encontró nuestra perra, la Blanquita, que era la que se colaba por debajo de las alambradas y corría de un lado a otro, como loca, buscando a su amo. Hasta que dió con él. Los vi acercarse a los dos a los alambres de pinchos. Y mi padre preguntándome qué hacía allí y cómo lo había encontrado... Le respondí que mi madre me dijo que no lo perdiese de vista y que, en cuanto pudiésemos, los dos para casa... Así que le dije que me quedaría montando la guardia, con Blanquita, cerca del campo.

De día andaba por aquí y por allá robando cosas, en el campo, para comer. En los huertos. De noche entraba en el campo y dormía con mi padre a la intemperie; pero cómo estábamos en julio ya no hacía mucho frío. Me dijo que en 1936 se había hecho el muerto para que nos dejasen tranquilos. Así estuve más de un mes, hasta que llegaron unos falangistas –los de la Escuadra Negra de Lugo- y desde una tarima reclamaron a todos los gallegos. Dijeron que iban a hacer unas listas y que los que no estuviesen fichados como desafectos podrían marcharse a sus casas... Mentira, lo que hicieron fue ir sacándolos, por grupos de diez o doce, casi todas las noches.

A los quince primeros que se presentaron, los maniataron y se los llevaron carretera adelante, a pie. Los falangistas iban a caballo, haciendo restallar sus fustas sobre las espaldas de los prisioneros. Yo los seguía a distancia, escondiéndome, pese a las repetidas advertencias de mi padre, ordenándome que regresara a casa. Me decía que tanto mi madre como mis hermanos me necesitaban, que yo debía hacer ahora de padre y no sé cuántas cosas más. Pero, yo, cabezón, seguía los onsejos de mi madre: no perderlo de vista.

Desde un principio el presintió que lo iban a pasar mal. No como los demás, que los unos pensaban que los liberarían y otros que los llevaban a la cárcel. Mi padre era de los últimos del grupo. No irían directamente desde Oviedo a lo que sería su punto de destino –el puerto de Gijón– sino hacia la parte de León. Por el camino mataron a los cuatro más viejos. A los que no podían soportar la marcha y se quejaban continuamente. Sus asesinos esperaban que se hiciese de noche para liquidarlos y dejarlos en la cuneta. Dos de ellos se iban a dormir al pueblo y los otros dos se quedaban con los prisioneros. Cuando reemprendían la marcha, poco antes de que amaneciera, yo me acercaba la cuneta, a ver si el muerto no era mi padre... Y así durante las doce jornadas que duró la marcha.

Los llevaron, como a casi todos aquellos días, a la escollera del puerto de Gijón. Pascualín escondiéndose, los seguía a treinta o cuarenta pasos. Era una noche negra del mes de octubre de 1939. Y allí, al borde del mismo muelle, de espaldas al agua, los acribillaron a balazos. Unos gritos de protesta precedieron a los disparos y luego se empezaron a oír lamentos y quejas. Uno de los ejecutores dijo: «¡Si todavía están vivos!». Otro le replicó: «¡Cómo se nota que eres un novato!». En cosa de segundos los fusilados empezaron a teñir las aguas del puerto con su sangre. Cuando pasaron cerca del escondite de Pascualín, éste oyó que el joven falangista volvía a preguntar: «¿Y por qué les disparamos a las piernas?». El veterano le aclaró: «Porqué así tardan más tempo en desangrarse. ¿Lo comprendes ahora?».

Tan pronto pudo, Pascualín se precipitó hacia el lugar del fusilamiento. Vió como algunos se agitaban en el agua. Dos o tres se retorcían medios sumergidos, sobre unas rocas. El chico empezó a murmurar: «Padre... padre... ¿Dónde estás?... ¡soy Pascualín!...». De pronto alguien le respondió, con voz queda: «Pascualín, hijo mío, estoy aquí...».

A Pascualín lo conocí en Cervera de Pisuerga, en el verano de 1976. El peluquero de Barruelo de Santullán, «Napoleón», me contó la historia del rescate del padre de las aguas del puerto. Y me ayudó a localizar al hijo. «A duras penas lo saqué del agua» –me siguió contando Pascualín– «y a rastras me lo llevé tierra adentro, antes de que se hiciese de día».

Tenía varias heridas en las dos piernas. Por suerte ninguna de ellas grave. Sólo le quedo dentro una bala, que se la extrajo, en vivo, un amigo del monte. Además, se ve que mi padre tenía muy buena encarnadura y eso fue seguramente lo que le salvó. Recordó el lugar donde había un caserío –allí se habían escondido tras la revolución de octubre del 1934–, nos dirigimos hacia él. Dejé a mi padre en la misma puerta de la finca, sentado y apoyado en la pared, mientras yo me acercaba a la casa. Tuve que subirme volando a la escalera del pajar, ya que apenas di una voz vinieron hacia mí dos mastines, ladrando y con muy malas intenciones. Seguí

dando voces y entonces salió un hombre que tranquilizó a los perros y me preguntó qué hacía allí. Cuando recuperé el aliento, le dije que era el sobrino de Pascual, el de la Brasoñera. El sobrino de la Valenciana. «¿Y qué haces aquí?... ¿Dónde está tu padre?» Se lo dije y fuimos a buscarlo. Con orujo y un trozo de paño limpié las heridas y le sacó la bala a punta de navaja. En aquel caserío estuvimos casi dos meses. Hasta que cicatrizaron bien las heridas.

Luego nos pusimos monte adelante y no paramos hasta llegar a la Brañosera, donde vivía la hermana mayor de mi padre, La Valenciana. Era una mujer de mucho empuje. Tanto que, cuando mi padre se marchó a la guerrilla, se hizo enlace de los guerrilleros, hasta que la mataron en una emboscada. Como le ocurrió a mi padre poco después.

«Yo debo irme al monte, con mis compañeros hijo. Tú regresarás al pueblo, a cuidar de tu madre, que bastante ha sufrido ya. Yo os iré dando noticias más por mi hermana...».

Nos dimos un apretado abrazo con mi padre. Al día siguiente abracé muy fuerte a mi tía. Y ya no los volví a ver nunca más.

Tardamos años en enterarnos de las circunstancias de sus muertes. Primero supimos la de mi tía. Quizá porque las mujeres –aunque las hubo muy valientes y eficaces- no abundaban en la guerrilla y cuando apresaban a una, viva o muerta, la noticia tenía mayor repercusión. Y luego nos enteramos de lo del padre... Y recuerdo que le pregunté a mi madre: «¿Por qué siempre han de ser los mismos quienes salen perdiendo?». «no lo sé, hijo mío, no lo sé... esto va según el destino de cada cual... »

Los siniestros «hogares» de Auxilio Social

Testimonio de Carlos Giménez

El mayor sarcasmo es que se llamase Hogares a aquellos siniestros lugares. Y bajo el amparo del llamado Auxilio Social, que nunca auxilió, socialmente hablando, a nadie. El daño que hicieron a cientos, a miles de niños y niñas fue irreparable. Porque éstos, aunque les estuviesen repitiendo constantemente que sus padres eran la hez de la humanidad y que ellos estaban redimiéndolos con sus sufrimientos, la verdad es que la inmensa mayoría no comprendieron nunca lo que les estaba pasando.

Algunos, unos pocos, de alguna manera fuimos almacenando experiencias. No sabría decirte si era porque teníamos una mayor sensibilidad y por tanto una mayor capacidad de asimilación positiva, o quizás, un carácter más impermeable. Lo cierto es que, más tarde, y me refiero a mi caso, llegado el momento de expresar vivencias pasadas, me encontré con un material para la reflexión incalculable.

Entonces, a medida que iba perfilando mis relatos, recuerdos y mis personajes, me di cuenta de que nuestros inquisidores eran todos gente anormal. Eran desequilibrados, ésa es la palabra que los define mejor. Habían inventado una guerra purificadora y la habían ganado, tras haber acuñado la muerte como principal recurso de la purificación.

No, en absoluto, de haberse tratado de la muerte a secas la cosa no daría para muchos comentarios. No, es el refinamiento, el sadismo, la brutalidad, el

ensañamiento; o sea: este inaprensible rosario de comportamientos tan inhumanos, lo que caracterizó la represión de los franquistas. Y, como es lógico, el clima que imperó en los asilos, hospicios, reformatorios, hogares, donde los menores de edad «rojillos» constituían el blanco de sus obsesiones.

Sí, naturalmente, yo, que no soy Freud, ni nada que se le parezca, dispondré de una serie de clichés inestimables para reconstruir mi pasado, en Paracuellos, y el de mis compañeros de infortunio.

Y aunque tú me digas que esos comportamientos tan desequilibrados se dieron por todo el país, yo no creo que ello obedeciese a una consigna general. No, yo más bien pienso que la coincidencia se debe a que, en cualquier lugar —y en todos ellos a la vez— la realidad reflejó idénticas frustraciones e indigencia. Físicas, las primeras, por lo regular, y morales las otras. Y, claro, como ellos y ellas habían podido observar con qué naturalidad vivían y se desenvolvían sus enemigos antes de la guerra, pues en cuanto se presentó la ocasión fueron a por ellos. Pensaban que con su victoria militar habían conquistado su derecho a la naturalidad... a la libertad, en una palabra. Y no fue así, ya que tan pronto se normalizó su vida volvió la hipocresía y la mezquindad de siempre. Por eso se ensañaron con nosotros, porque nos veían como futuros herederos de las normas libres de nuestros padres. Y se dijeron «esta gente menuda le vamos a quitar las ganas de vivir ya está».

Era la eterna lucha entre la libertad y la opresión. El doctor Tordjman lo subraya así: «desde que nacemos nuestra personalidad se construye sobre dos líneas maestras: la del placer, que se engendra en cada uno de nosotros y que pugna por preponderar, y la de la frustración, que nos es impuesta, cada día con mayor violencia, desde fuera». Sí, claro, basta con que el general Mola, en sus primeras instrucciones, diga que debe imperar un tal terror que nadie podrá sentirse al abrigo... pero no hace falta que diga cómo debe extenderse ese terror... al tener carta blanca en los mil rincones de la piel de toro en todas partes saldrán a la calle grupos de sujetos anormales que darán rienda suelta a toda la mala leche acumulada... quizás desde hace generaciones. ¿Comprendes? Como sale a relucir, en el otro bando, el republicano, la sed de justicia social de la que sufren los trabajadores, también desde generaciones.

Con todo, te confieso que cuando estaba dibujando Paracuellos se me caían los lagrimones sobre el papel. Sorprendentemente, esa historia, la de una infancia en un colegio del denostado Auxilio Social de la posguerra, gustó a todos los públicos, superó las fronteras locales, se convirtió en un clásico de la historieta a lo Dickens. Es que Paracuellos le puede interesar a un niño aunque no sepa ni qué era la Falange ni quién era Franco, porque siempre queda la parte del crío que sufre, que eso llega a todos.

Carlos Giménez me confiesa que hizo Paracuellos a la desesperada, porque necesitaba contarla. El prologuista de Paracuellos —el andaluz Manuel G. Quintana— fijó los tramos principales de la vida del dibujante y también la impronta del «Hogar» de Auxilio Social sobre el niño madrileño:

Carlos ingresó, en 1947, en uno de esos colegios a la edad de seis años y estuvo internado hasta los catorce. No siempre en un mismo centro; pasó por varios y en cada uno, la tónica era la misma. No se puede hablar, por lo tanto, de un centro en

particular sino de una institución en general. Poco importa que cada uno de los capítulos de Paracuellos sea absolutamente real, que aparezcan en la memoria de Carlos Giménez un poco distorsionados por el tiempo; poco importa si uno de ellos se basa en recuerdos borrosos, en impresiones sueltas o si son algo ficticios... Lo cierto es que aquellos «colegios» existieron —y esto no tiene vuelta de hoja—, que los regían personas como las que se nos muestran: sacerdotes, monjas, damas de la catequesis, falangistas, celadoras de la Sección Femenina, empleadas de Auxilio Social, «maestros» deshumanizados, delatores..., que en ellos se daba ese tipo de «educación», y que sus efectos fueron terriblemente castrantes para su población infantil. Lo cierto es que Carlos Giménez pasó por ellos. En el interior del colegio, en los que lo dirigen, en su funcionamiento interno —sigue explicándonos Quintana— nos encontramos con todas las características de una dictadura y, por más señas, aferrada a un espíritu religioso de un fanatismo insuperable. Capítulo a capítulo vamos reconociendo los cuarenta años de oscurantismo político, cultural, económico y espiritual. La «educación» religiosa y sus nocivos efectos es otro de los puntos que Giménez no pasó por alto. Es sabido que, al finalizar la Guerra Civil, Iglesia y Estado forman un aberrante monstruo de dos cabezas y un solo estómago. Una Iglesia al servicio del Estado y un Estado del que se favorece y al cual favorece. La simbiosis era perfecta.

Sin duda para demostrar que no tenía la memoria corta con Paracuellos-2, Carlos Giménez, incluyó un capítulo, «Algo más sobre Auxilio Social», donde escribía:

Podría haber contado cómo nos castigaban sin beber agua y nos cerraban las llaves de paso. Y cómo Pichi se subió a una cisterna de un retrete, para intentar sorber el agua que hubiese allí dentro, y cómo se desprendió la cisterna y casi le machaca la cabeza y cómo tuvieron que llevarlo urgentemente al «hogar-enfermería». Y cómo nos comíamos todo tipo de basuras, cáscaras y desperdicios, cómo convertíamos en chicles, a fuerza de mascar y mascar, la cera de las velas, la suela de los zapatos de crepé, la goma de las pelotas y el alquitrán. Cómo nos comíamos el Pelikanol, la pasta de dientes, las gomas de borrar y todo tipo de hierbas, a las que teníamos perfectamente clasificadas: cuernos, acordeones, pámpanos, tetas de vaca, vinagretas, panecillos, zapatitos del niños Jesús, pan y quesillo, etc.

O cómo ninguno de los niños del Hogar entendía el reloj, porque no había un solo reloj en todo el colegio.

O cómo el director del «Hogar García Morato», el padre Rodríguez, nos daba las bofetadas dobles. Es decir, con las dos manos a la vez, una por cada lado de la cara, lo que, según él, tenía la ventaja de que así no nos caíamos al suelo. O cómo a Máximo, por comerse la comida de Cadenas, el perro de la directora, le salió un quiste en un pulmón y cómo se lo llevaron al «hogar-enfermería» y cómo no lo volvimos a ver. O cómo, cuando teníamos una pupa o una herida infectada, se la llevábamos a Cadenas para que nos la lamiera y nos la curara; lo que el pobre Cadenas hacía perfectamente, dejándonos las pupas totalmente limpias de porquería.

O cómo Cadenas, cuando los niños se peleaban, se ponía furioso y empezaba a ladrar y a rugir hasta que los niños, atemorizados, dejaban de pelearse.

O cómo, un día, Dionisio Polo mordió a Cadenas, mientras que este, que era un perro lobo de aquí te espero, jamás mordió a ningún niño. Cómo hacíamos la gimnasia, en pleno invierno castellano, sobre un suelo blanco de escarcha y de hielo, con las manos y los pies que se nos reventaban de sabañones.

O cómo Candido, después de las vacaciones, al regresar al «hogar», acompañado de su madre, procuraba no llorar para no entristecerla más, iba rezando en el tranvía para que el tranvía descarrilase, rezando en el tren para que descarrilase el tren; y haciendo esfuerzos desesperados para no ser como la mayoría de los niños, que regresaban al «hogar» a rastras, llorando y pataleando, y haciendo llorar a los familiares que los traían. Y cómo Candido, al llegar la noche, cuando se acostaba, se tapaba la cabeza con la mano para que nadie le viese, y lloraba, lloraba, hasta quedarse dormido. Y el llanto le duraba una semana.

En fin, hay muchas, muchísimas cosas sobre los «hogares» de Auxilio Social que se quedan sin contar. La mayoría de ellas, malas; pero también algunas buenas. Como buenas y cariñosas eran la señorita Justi, la señorita Sole, la señorita Paula y la señorita Amalia, de las que guardo grato recuerdo. Todas ellas eran chicas del pueblo de Paracuellos del Jarama; chicas jóvenes que no venían ni de Falange ni de la Sección Femenina, ni de ninguna otra institución. Chicas que hacían su trabajo con alegría y con cariño, chicas que veían en nosotros más a sus hermanos pequeños que a los «hombres del mañana». Nosotros esperábamos con ganas que llegaran los días en que a ellas les tocaba de guardia, porque esos días eran días mucho más felices. La señorita Sole era muy guapa y nosotros arreglábamos especialmente para ella una vieja canción: Sole, Sole, Sole, Sole, / cuánto me gusta tu nombre, Soledad. Sole, Sole, Sole, Sole, / ¡eres la más guapa del «hogar»!

(En Premià de Mar, 1981)

«Bebíamos el agua de las cisternas de los retretes».

Testimonio de Adolfo Usero

La entrevista se simultaneó con una historia filmada de los niños recogidos en los «hogares» de Auxilio Social de Paracuellos del Jarama, en los años cincuenta y sesenta.

Años 1950-1952. Carlos y Adolfo tenían, respectivamente, nueve y diez años. A este último lo llevó su padre para no contagiarle la tisis galopante que se había apoderado de él. Acababa de perder a su mujer y al hijo mayor, quedándose solo con cinco hijos.

Ahora, a los niños de aquella escuela (140 internos y 10 externos), que son de Paracuellos, les cuesta creer -no se lo creen, vamos- que todo lo que les contamos haya podido ocurrir, años atrás, allí. El edificio pertenecía a los duques de Medinaceli, que lo habían cedido, caritativamente, a los falangistas. Allí, ahora, tienen un taller de cerámica, un grupo teatral, la tele... Y hacen una vida de lo más normal. Mientras que nosotros nunca comimos huevos, ni fruta, ni leche... Y por las noches no te podías mover de la cama y las noches de verano, cuando tenías sed, salías del dormitorio, a escondidas —exponiéndote a ser castigado— a buscar agua a las cisternas de los retretes... En el verano nos obligaban a hacer la siesta, a

pleno sol, en el patio, echados boca arriba, sin permitirnos hacer el menor movimiento ni decir esta boca es mía...

En la película se ve a un profesor de catecismo hacer un auto de fe con la colección de tebeos (de El cachorro), adquiridos por Carlitos, que ahorraba unas perras vendiendo parte de su ración de pan. Carlitos siempre dijo que sería dibujante de tebeos y que un día vendría al «hogar» a traer montones de tebeos a sus amigos. Y también un camión de bocadillos. «A ver —les diría—, ¡los que quieran bocadillos que se pongan en fila! ¡Y no os apelotonéis, que habrá para todos!».

El abuelo, Evelio Saldaba —el jardinero del «hogar»— adoptó prácticamente a Carlitos y lo llevaba con su familia —la del abuelo— a Paracuellos. Tenía su casa detrás de la iglesia. En los días de visita —el y 3º domingo de cada mes—, sin saber muy bien por qué, abundaban las visitas de los abuelos y las abuelas de los niños.

Carlitos se sentaba en la cama de sus compañeros, a contarles las historietas que se inventaba. Una noche se quedó dormido, junto a uno de ellos y, al día siguiente, los dos niños, bajo la sospecha de haber hecho «cosas sucias», se vieron sometidos a un interrogatorio vergonzoso, que ninguno de los dos niños entendió en absoluto.

En el coloquio, que siguió a la proyección y la entrevista, el historiador Rafael Abella dijo que alguno de aquellos niños, al salir de los «hogares», sin la más mínima preparación —que no fuesen los rezos, incluso en latín, sin que los niños entendiesen nada de aquella lengua muerta—, se hicieron atracadores y acabaron en el garrote. vil... hasta en casos en que no había sangre por medio. Bastaba que comprobasen que su estancia en un «hogar» no los había regenerado... Sólo se apropiaban de bienes ajenos, de los que ellos siempre habían carecido y de los que los privilegiados vencedores de la Guerra Civil hacían una provocadora ostentación.

En el turno de llamadas, un vasco, que había estado 20 años en dos «hogares», y que ahora vive en Béjar (Salamanca), y otro de Málaga —también ex pensionario de un «hogar» de Auxilio Social—, coincidieron en reprochar a Carlos Giménez lo suaves que eran sus relatos comparados con la realidad que los dos habían vivido. Expusieron sus recuerdos: «Cuando llamaban a formar tenías que hacerlo rápido, dando un taconazo, en el suelo, extendiendo el brazo en alto y gritando: ¡Arriba España! A los tres últimos en formar los castigaban con media hora pegando taconazos y vociferando los gritos de ritual». «A un compañero, Cándido, lo metieron en el “hogar”, en 1944, a los cinco años, por ser hijo de un rojo huido a Francia. Padre e hijo no se volvieron a ver hasta 1961, cuando Cándido tenía veintidós años...»

Carlos Giménez y Adolfo Usero, además de excelentes amigos —amistad que empezó a forjarse en el «hogar» de Paracuellos—, son dos de nuestros mejores creadores de historietas —texto y dibujos— y sus obras han sido traducidas en varios países de Europa y de América.

(Programa Vivir cada día. T'VE-1. 19 de marzo de 1984)

«Con once años tuve que lavar los paños higiénicos de las monjas»

Testimonio de Francisca Aguirre

En los recuerdos de Paca Aguirre se reproducen dos aspectos fundamentales de la represión franquista. El primero fue el de las innumerables familias de vencidos que se quedaron sin hombres, los unos muertos o desaparecidos en los frentes de guerra; los otros, en la cárcel, exiliados o asesinados. Lidia Falcón, en uno de sus libros, nos ofrece una dilatada panorámica de la soledad femenina, en el campo republicano tras el fin de nuestra guerra. El segundo aspecto es el de mantener la esperanza de los familiares de un condenado a muerte, a veces durante años. Obligando a sus familias a múltiples y humillantes gestiones para obtener la conmutación de la última pena; para, al final, ser ejecutado. Como ocurrió con el padre de Paca Aguirre.

Mi abuela era de Baeza. Había conocido el hambre y la miseria desde siempre. Y tal vez por eso era una mujer sumamente desconfiada y bastante escéptica. Toda su vida había trabajado durísimamente para sacar adelante a un marido enfermo, que de vez en cuando se recuperaba milagrosamente y le echaba una mano para que comieran sus seis hijos. Mi abuela Genara fue uno de esos esclavos de la noria que jamás levantó cabeza; para colmo de males, le tocó en suerte un marido anarquista y romántico, defensor de causas pobres, pobre él también, una especie de Don Quijote que, a falta de Rocinante, tocaba la guitarra y escribía versos. Mi abuelo era castellano viejo y hombre de bien. También era hombre de temperamento. Además, era calvo desde los veintisiete años. Su calva y su sentido de la dignidad estuvieron a punto de costarle la vida y fueron los causantes de la miseria de su familia. Mi abuelo se llamaba Faustino y era fotógrafo de los campamentos militares en Ceuta. En el 1915 la familia se defendía bien, ya que mi abuela era una excelente auxiliar de fotografía. Pero un mal día, mi abuelo estaba agachado con el trípode, cuando a un teniente se le ocurrió la jubilosa idea de escupirle en la calva que, al parecer, brillaba ostensiblemente bajo el sol marroquí, y también porque mi abuelo era un hombre pulcrísimo. El teniente recibió como pago de su gracia una paliza algo excesiva. A mi abuelo estuvieron a punto de formale consejo de guerra como agregado al cuerpo militar y al final se conformaron con expulsarlo de Ceuta, y naturalmente, dejarlo sin trabajo.

A partir de ese momento, la familia fue de desastre en desastre y mi pobre abuela recorrió la mitad de la geografía española con la máquina de fotografiar al hombro, acompañada por su hijo varón mayor, que contaba la respetable edad de doce años, mientras mi madre, que tenía trece, cuidaba de sus hermanos y de su padre enfermo.

Afortunadamente para él, mi abuelo murió en abril de 1936. Yo tenía seis años. Mi abuela le sobreviviría hasta 1969. Recuerdo muy bien el rostro de Quijote de mi abuelo, con sus dulces ojos negros y su increíble alegría, que contrastaba con la estoica tristeza de mi abuela. Cuando el desastre del 36 se nos echó encima, mi abuela, que vivía ya con nosotros, aceptaría aquel horror con la naturalidad del que ya tiene un largo aprendizaje en desgracias.

En aquellos días de caos y éxodo continuado —mi familia siguió al Gobierno de la República de Madrid a Valencia y de Valencia a Barcelona—, la única que se mantenía como siempre era la abuela. Sólo le preocupaba que no nos cayera una bomba y que ella pudiera ahorrar un poco de dinero para cuando todo aquello acabara. Cuando, finalmente, todo acabó, la abuela, como siempre, se encontró con las manos vacías.

En 1940, la familia estaba destrozada. Dos hermanos de mi madre, de veinte y diecisiete años, estaban en un campo de concentración, y mi padre en la cárcel. La abuela removió cielo y tierra para sacar a los chicos del campo y lo consiguió. Y dos esqueletos sonrientes empezaron a repartirnos abrazos y besos. Llegaron ellos casi clandestinamente y por pura casualidad o milagro, y nos encontramos todos sin atrevernos a estar contentos y sin saber qué hacer con el hambre espantosa que todos teníamos. Mi madre no se separaba de la puerta de la cárcel, esperando alguna noticia. La abuela, con sus sesenta años, se lanzó a la calle a buscar cualquier tipo de trabajo. No había manera. Madrid era una especie de ruina por la que transitaban otras ruinas.

A mi el hambre me volvía loca. No podía pensar en otra cosa que no fuera comer. Había comido de todo: cáscaras de patatas, de naranjas, de plátanos. Recuerdo que un día me enteré de que existía un sitio que se llamaba Auxilio Social, en donde daban comida. Se lo dije a mamá y a la abuela. Me contestaron que no, que era muy peligroso para ellos, que me tenía que estar en casa, calladita y sin hablar con nadie. Y que, además, eso era una vergüenza, que papá estaba en la cárcel y que yo no podía ir a mendigar comida precisamente a esos «señores» que eran los que lo habían encerrado. Mi hambre estaba condenada a la clandestinidad.

Hay gente, como León Felipe, que, al parecer, no tuvo «abuelo». En cambio, yo tuve un abuelo maravilloso. Mi abuelo fue un ser inolvidable. Se llamaba Faustino y era un gran jugador de ajedrez y bastante buen jugador de billar. Lo veo jugando al ajedrez con mi padre y hablando de política. Mi abuelo era un anarquista romántico y un liberal a ultranza. Era el eterno defensor de las causas pobres, él también era pobre, pero de otra manera, de una manera más despreocupada. En casa de mi abuelo, en cuanto había dos pesetas, todos se sentían ricos. Ese talante familiar era sin duda obra de mi abuelo. Y por eso mi padre lo quería y por eso mi abuelo resultaba inolvidable. Era salmantino, anticlerical y antimilitarista. Leía el Quijote y todas las noches rezaba el padrenuestro. En casa de mi abuelo se escuchaba a Carlos Gardel con más respeto que a Caruso, y esto por una sencilla razón: mi abuelo, historias que no estuviesen en cristiano, no aceptaba ni una. El abuelo enfermó a los veintisiete años y todos dijeron que se moría. Lo dijeron todos menos él. Él decidió vivir porque tenía seis hijos y una mujer que lo adoraba. El abuelo, con veintiséis años, pescó una pleuresía supurada y todos creyeron que se moría. Lo creyeron todos menos él. Él cada tres o cuatro meses se moría; pero justo cuando empezaban todos a llorar, el abuelo decía que no. Pedía café, recortaba un poco su barba, cogía su sombrero y su bastón y se iba a jugar al billar.

Mi abuelo hacía de todo: componía música, tocaba el violín y la guitarra, pintaba, arreglaba zapatos, escribía, cosía a máquina y sobre todo hacía fotografías. Lo suyo eran los retratos. El abuelo pasó su vida jugando al escondite con la muerte y, mientras esa señora lo buscaba, mi abuelo trabajaba. Muchas veces he

pensado que la muerte no encontró antes al abuelo porque jamás se le ocurrió pensar que estaba trabajando.

Cuando empezaron los disturbios, a principios de 1936, el abuelo dijo a los suyos que el horror se acercaba aceleradamente. «No quiero verlo», dijo. Así que se fue a ver aquello que más quería: el Guadarrama. Se dió una vuelta en coche con su hijo mayor y le mandó un recado a su enemiga. Ya a mediados del mes de abril de 1936, mi abuelo dejó de jugar al escondite con la muerte. Rafael Alberti ha dicho en un poema: «Yo nací -¡respetadme!- con el cine». Mi padre nació antes que el cine. Mi padre, que fue siempre un entusiasta, se enamoró locamente del cine. Fue un flechazo, según cuenta mi madre. Papa salía de un cine para entrar en otro. Una de las primeras cosas que recuerdo es una imagen cinematográfica: la cara de Charlot metida dentro de un farol. No sé qué recuerdo mejor: si el susto de Charlot o mi propio terror mirando aquella cara.

Mi padre era hombre de café y tenía la tertulia en el café Zahara. Ahí se reunían pintores y escultores y allí íbamos a buscarlo mamá y nosotras tres: Susy, Margara y yo. Susy y yo agarraditas de la mano, Margara en brazos porque era muy pequeña. Papá salía silbando, mamá se cogía de su brazo y a merendar y al cine. Y muchas veces, cuando acababa la película, papá decía: «vamonos a cenar por ahí y luego nos vamos a otro cine». Mis seis años aprendieron desde entonces a creer en los milagros. Tal vez por eso, el cine, para mi, siempre es maravilloso. Conmigo no han podido ni El derecho de nacer, ni Raza, ni A mí la Legión. Nada. En cuanto las figuritas empezaban a moverse, yo, en mi butaca, volvía a ser la niña feliz de seis años. Siempre estaré en deuda con el cine. Señor, qué invento, qué prodigioso invento.

Allá por 1945, el hambre seguía poniéndonos cerco. Un día, la abuela -hizo recuento: seis pesetas de capital. Una barra de pan costaba un duro. Vamos las cinco a cenar: nosotras tres, mamá y la abuela. «La barra —dijo la abuela— y nos sobra una peseta». Estaba claro: no había para cenar. La abuela estuvo cavilando un rato: «Va a ser peor que nos comamos la barra, va a ser mucho peor, hija, el hambre no nos va a dejar dormir. Como le echemos algo al estómago esto va a ser un drama. ¿Y si nos vamos al cine? Por un duro nos vemos dos películas y nos sigue sobrando la jodia peseta; si os parece, se la damos al acomodador». No se me olvida: las cinco muertas de hambre y en la pantalla Los tambores de Fu-Manchú.

Definitivamente, el hambre nos mataba. Mama se debatía entre el terror de lo que pudiera suceder a mi padre y el horror de lo que nos estaba sucediendo a nosotras. No se movía de la puerta de la cárcel y mientras esperaba, como un angustiado centinela, no dejaba de pensar que sus niñas no comían. Sus niñas éramos nosotras. Las que no comíamos éramos Susy, Margara y yo.

Alguien le dijo a mi abuela que había un convento donde acogían a los hijos de los presos políticos, a quienes sus familias no podían mantener. Mamá y la abuela se resistían, no querían separarse de nosotras. Pero finalmente no hubo más remedio: o el convento o el hambre. Nosotras teníamos ya el estómago tan pasado que nos daba más miedo la separación que el no comer. El hambre era lo conocido. Lo otro era el vacío. Separarnos de mama, era el espanto. No queríamos ir. Finalmente fuimos. Mamá y la abuela nos llevaron una tarde al convento de Santa Gema Galgani. Estaba en una bocacalle de la Castellana. No recuerdo en cuál y

nunca he querido preguntarlo. Hacía buen tiempo. Mamá nos había puesto los tres únicos vestiditos que nos quedaban. Eran los tres de crespón. Los de Susy y Margara verde manzana y el mio color salmón. Tenían un canesú de nido de abejas. Salieron a recibirnos unas monjas vestidas de seglar. Llevaban todas moño y eran muy serias.

Cuando mamá y la abuela se fueron supe por primera vez en mi vida lo que era el abandono.

Las tres, cogidas de la mano, miramos en torno nuestro. Era un salón vacío, no muy grande, y en él, apelotonados unos contra otros, había unos veinte o veinticinco niños y niñas. La mayoría eran niñas, pero también había niños muy pequeños, entre dos y tres años. Se trataba de casos en que tanto el padre como la madre o estaban en la cárcel o habían muerto. Nos unimos al asustado grupo. Un rato después aparecieron las monjas. Nos pusieron en fila y nos llevaron a una especie de dormitorio. Nos dieron a cada uno un pedazo de pan y un vaso de agua y nos explicaron que estábamos allí por pura piedad, porque éramos hijos de asesinos, y que teníamos que hacer méritos para que nos perdonasen. Por ejemplo: teníamos que obedecer en todo, y nada de que los pequeños se measen en las camas. A los que se meaban, los subían al desván completamente solos. Hubo un silencio espeso. Después, una de las monjas dio una palmada: a rezar y a dormir. El terror nos paralizó de tal forma que yo creo que, menos los más pequeños, que no entendían lo que se decía, aquella noche no durmió nadie. A la mañana siguiente nos levantaron muy temprano, nos dieron otro pedazo de pan y nos peinaron a todas con el pelo hacia atrás. Había muchas niñas con el pelo rizado o con el pelo largo. Se enfadaron muchísimo y decidieron que lo mejor era pelarnos. Y nos pelaron. Teníamos un hambre horrorosa. Teníamos un miedo horroroso.

Pero el hambre era tanta que terminó movilizándonos. Descubrimos que en una parte del patio del convento había cubos de basura y que entre la basura había cáscaras de plátano y cáscaras de naranja. Hay que ver lo rica que es la cáscara de naranja, con esa parte blanca tan suavita.

Nosotras descubrimos la basura y las monjas nos descubrieron a nosotras. Éramos la confirmación de lo que habían sospechado: unas indeseables como nuestros progenitores. Se nos impuso un castigo: las mayores nos turnaríamos para servir la comida de las niñas del pensionado de pago.

A veces, cuando recuerdo los días de Santa Gema, tengo la sensación de que aquello no me ha sucedido, que se trata de una de esas historias para no dormir, que tanta fama dieron a Chicho Ibañez Serrador. Lo pienso, lo pienso algunas veces y por unos segundos tengo la tentación de borrar esos días y regalárselos a Ibañez Serrador para que los incluya en algún programa. Luego comprendo que es absurdo, inútil y además inocuo. Aquellos días, hijos del espanto, también me regalaron hechos y seres milagrosos, borrarlos sería injusto. Volvamos a la realidad, como dijera José Hierro. Aquella niña soy que en Santa Gema tuvo que servir la comida a niñas más afortunadas. La realidad supera siempre a la imaginación. Es algo que se ha dicho hasta la saciedad. Es una frase tópica, como tantas, nos solemos reír al leerlas. Y, sin embargo, todo tópico está. apoyado en una verdad, y cuando nos tocó vivir la verdad en que se apoya el tópico, las cosas y los seres adquieren otra dimensión.

A mi me tocó vivir una realidad un poco más siniestra que algunos relatos de terror. Veo la escena: Regina y yo, ella tal vez con doce años, yo con diez solamente. Flacas las dos, famélicas las dos, y entre ambas, un perol con sopa. Un perol que a duras penas lográbamos transportar. Había un par de escalones para bajar al comedor de las niñas de pago. Un perol lleno de sopa y nosotras a pan y agua. Aguantamos dos días. Después, lo decidimos las mayores en el dormitorio: al bajar los dos escalones volcaríamos el perol. Nadie rechistó. Por lo menos no veríamos la comida. Por lo menos no veríamos cómo se la comían. Y eso hicimos. Sistemáticamente, volcábamos el perol. Hubo golpes, pellizcos, tirones de pelo, castigos de rodillas. Pero seguimos volcando peroles hasta que nos encerraron a todas en el dormitorio. Sucias, peladas, hambrientas y asustadas, no entendíamos nada cuando las monjas, impasibles, entraban por las noches para que rezásemos y nos metiésemos en la cama.

Un par de días después, de forma inesperada, la Sección Femenina de Falange hizo una inspección. Se quedaron atónitas. Aquello debía de parecerles un cuadro del Bosco. Cerraron el convento y les pusieron una multa. A las niñas nos preguntaron si nos podían mantener en casa. Había tres falangistas sentadas en una mesa y nosotras en fila contestando a sus preguntas. Cuando las niñas decían que no lo anotaban en un cuaderno. Yo le pregunté a Regina: «¿Dónde las mandan?». «A Canillas». Al fin del mundo, pensé yo, y le dije a mi hermana Susy: «Nosotras, cuando nos pregunten, contestamos que sí, que en casa nos pueden mantener. Nosotras nos vamos a casa», y a casa nos llevaron. Cuando entramos en el portal la portera nos miró aterrada. Debíamos de parecer tres esqueletos menuditos. La falangista nos tapó con su capa.

Paca Aguirre nos sigue hablando del «otro paraíso»: el Convento de las Agustinas:

Y digo que no era bueno porque no lo era. Cuando nosotras ingresamos, el ambiente era siniestro. Algunas monjas habían perdido durante la contienda hermanos, tíos, padres. Algunos víctimas de los bombardeos; a otros los habían matado los republicanos. Los malditos rojos, como decían ellas. Y para estas pobres mujeres, nosotras también éramos malditas rojas. Así que, a la mínima cosa, iban a la orden del día los pellizcos, los porrazos, castigos interminables de rodillas y gritos histéricos a todas horas. Nosotras no sabíamos cómo defendernos. Respirábamos a nuestro alrededor un aire de rencor, y ese rencor nos asustaba porque no podíamos hacer nada para anularlo. Sabíamos que éramos culpables; pero no sabíamos en qué estribaba nuestra culpa. Cuando acababan las clases (que consistían exclusivamente en la lectura de vidas de santos) nos ponían de pie y teníamos que cantar el Cara al Sol con el brazo extendido. Había dos o tres chicas de catorce o quince años que se negaban a cantarlo. Eran huérfanas de padre y madre. Sistemáticamente, las dejaban sin cenar o las castigaban de rodillas un tiempo que a mi me parecía interminable. Yo sabía muy bien por qué no querían cantar; pero también sabía que si Susy y yo no cantábamos se llevarían a Margara al desván con las meonas (al parecer, el asunto de llevarse solitas al desván a las meonas era una especie de consigna que nos perseguía en los conventos), y si se la llevaban y se veía allí arriba, a oscuras y sola, capaz que se nos moría. Así que Susy y yo cantábamos, y además de cantar nos turnábamos por la noche para

levantar a Margara al lavabo y evitar que se orinase en la cama. Era muy pequeña, había sufrido una operación muy dura, echaba de menos a mi madre y tenía mucho miedo. A pesar de nuestros cuidados, algunas veces se orinaba en la cama. Nos dieron un ultimátum: razones para llevarla al desván ya había, pero si nos comprometíamos a vigilarla estrechamente, a evitar que volviera a repetirse esa porquería y además éramos obedientes en todo y cantábamos el Cara al I Sol, dando buen ejemplo, dejarían que Margara siguiera en el dormitorio, al lado nuestro. Pero ni una meada más. Obedecimos en todo. A mí, por ejemplo como era de las mayorcitas, me tocó subir a la azotea a lavar ropa. No había lavado en mi vida. Mis once años se encontraron allí con una ingente cantidad de ropa interior de las monjas y de las niñas de pago. Eran unas enormes pilas de cemento. En una de esas pilas había montones de paños higiénicos usados que habían puesto a remojo. Estuve horas lavando. Cuando terminé casi no podía andar del dolor de riñones que tenía. Además, tenía los nudillos totalmente despellejados y chorreando sangre. Caí en la cama como un animal apaleado; pero no pude dormir en toda la noche; el cansancio era tanto que no me dejaba ni dormir me dolía todo. Dos días después, y debido seguramente a la sangre corrompida de los paños higiénicos, mis nudillos estaban infectados. Se me hincharon las manos de forma monstruosa. Estuve dos meses con las manos vendadas, a punto casi de que se me gangrenasen. Y durante muchos años lucí un par de hermosas cicatrices en cada mano, como recuerdo de aquellos días «de vino y rosas». Con el tiempo se fueron disimulando, pero nunca desaparecieron del todo. Ahí siguen, por si me falla la memoria.

El 6 de octubre de 1942, el padre de Paca, Margara y Susy era ejecutado en la prisión madrileña de Porlier. Más tarde, Paca dedicaría a su padre este poema:

Miro la fotografía
que me consuela, despacio:
mamá juvenil, hermosa, / nosotras tres
empezando.
Papá mirando a lo lejos
no sé qué cuadro soñado.
Vasco-navarro, mi padre
fue también mediterráneo.
Mi padre que hablaba euskera
y francés y valenciano,
mi padre con su paleta,
mi padre siempre cantando
jotas, zorzicos, sardanas.
Mi padre, siempre silbando:
mi padre que amaba España
entera, de arriba abajo.

Mi padre con su paleta,
un pintor vasco-navarro
que vivía en Alicante,
que amaba el Mediterráneo,
que soñaba ir a Granada
con mi madre de la mano
a ver cómo corre el agua.
Mi padre, que era tan vasco,
para dormirmos cantaba
sardanas en catalán,
Dios mío, él que era vasco
y que nunca fue a Granada
con mi madre de la mano.